

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN MENSUAL

DEL
Centro Estudiantes de Ciencias Económicas.

DIRECTOR:
ROBERTO A. GUIDI

AÑO II

NÚM. 19-20

EN. Y FEB. DE 1915



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
1835 - CALLE CHARCAS - 1835
BUENOS AIRES

RESEÑA EXTRANJERA

EL DINERO DE LAS NACIONES.

«*L'argent fait la guerre*» es una de aquellas sentencias que, cuanto más viejas, van siendo más exactas. En efecto, ¿cuál es la preocupación que con mayor intensidad absorbe la energía gubernativa de los países beligerantes, sino ésta de la importancia y extensión de sus reservas metálicas, de la eficiencia y alcance de las mismas como instrumentos de guerra o como medios que habrán de prolongar o acortar el plazo de ese vencimiento que la humanidad espera ansiosamente: el día de la paz?

El dinero de tal o cual nación, las reservas metálicas de este o aquel gran banco de Estado, son frases de actualidad que la reflexión popular relaciona acertadamente con el éxito probable o la posible victoria de uno u otro de los ejércitos en lucha.

Por eso quizá nunca sería más oportuna que en los momentos presentes, la pregunta que en «La Grande Ilusión» formulara el insigne pacifista Norman Angell, para contestarla él mismo a renglón seguido. «¿Qué queremos decir al hablar del dinero de una nación o del interés propio de una comunidad? Queremos decir—y en una discusión como ésta las palabras no pueden tener otro sentido—condiciones de mayor bienestar para la masa de la población; una vida tan amplia como fuere posible; la abolición o atenuación de la pobreza y de la estrechez; mejor alojamiento y vestido para la multitud; la capacidad para proveer de antemano a las necesidades de la vejez y de la enfermedad; la prolongación de la vida y su mayor alegría—y no sólo todo esto—sino

también una educación mejor y más difundida, una disciplina más levantada para el carácter por medio del trabajo sostenido y del empleo más eficaz del ocio, una atmósfera social en general que fomente los afectos de familia, la dignidad, la cortesía y el ornato de la vida, no tan sólo entre los pocos privilegiados sino en el mayor número».

Esto escribía Norman Angell, hace poco tiempo, en pleno régimen de la paz armada, paz al fin y al cabo. De esta noble misión que atribuía entonces el gran pacifista inglés a la moneda, al dinero de una nación, a esa *mercadería intermediaria* de las relaciones económicas de los hombres, ¿qué ha quedado en las circunstancias actuales?

Lejos de prestarse el dinero de las naciones al humanitario sueño de Norman Angell, ha servido y servirá, quién sabe por cuanto tiempo, para proporcionar un mayor malestar a los pueblos, una vida todo lo estrecha y misera que sea dable imaginar, un acortamiento de la vida y su menor alegría, la incapacidad de una buena cantidad de hombres para proveer a las necesidades no ya de su vejez, sino de casi su entera existencia; en fin, todo lo opuesto, una verdadera antinomia del destino que confiaba al dinero el autor del «argumento más convincente y eficaz que haya visto el mundo en favor de la paz».

He ahí los dos aspectos del dinero de las naciones. Positivo el uno, negativo el otro.

Ese mismo dinero que ha servido para levantar grandes y hermosas ciudades, preñadas de museos y reliquias, palpitantes de usinas y universidades, para construir los soberbios monumentos de la ciencia y el trabajo humanos, hoy se invierte para reducir todo ello a escombros y polvo.

Hasta ahora los economistas y no economistas han visto la faz constructiva, el aspecto positivo del dinero de las naciones. Existen ya, sin embargo, sabios y estudiosos que han calculado el importe colosal de todo lo que esta guerra arrasará y convertirá en cenizas. El resultado de tales cálculos podría llamarse acertadamente, el *coeficiente destructivo* del dinero de las naciones o el *valor negativo* de las grandes reservas metálicas de los diversos países.

DEMOGRAFÍA DE LA GUERRA.

Mucho se ha escrito sobre los posibles efectos econó-

micos de la guerra actual, en el sentido de las perturbaciones que la actividad mercantil e industrial de las naciones beligerantes deberá soportar por un periodo de tiempo más o menos largo; pero, bajo otra faz, es decir, respecto a las consecuencias demográficas de este sangriento conflicto, poco o nada se ha dicho.

Las variaciones y los cambios que en la población de un país determinan las guerras, puede afirmarse que responden a una ley general que la presente conflagración indudablemente habrá de confirmar.

A guerra terminada las estadísticas nos dirán con que regularidad e intensidad se producen tales variaciones.

En primer término, el número de matrimonios disminuye de una manera sensible durante los periodos de guerra, para volver a aumentar una vez hechas las paces.

¿Cuáles son las razones de este fenómeno demográfico?

Un autor que se ha especializado en esta materia, Hallermayer, sostiene que si bien el malestar económico es un factor importantísimo en la producción del hecho apuntado, la guerra es siempre la causa decisiva.

Es sabido que uno de los resultados más inmediatos de las guerras napoleónicas fué precisamente una merma en la cifra de los matrimonios.

Se poseen los datos estadísticos de las guerras de que fué teatro la Europa en el intervalo 1866-70, y en base a ellos, el autor citado hace notar que en el año 1866 se celebraron en Prusia 24.474 matrimonios menos que en el año precedente, disminución que en 1870 fué de 35.375.

Idéntico fenómeno prodújose en Francia, donde los matrimonios disminuyeron en una proporción del 26,29 por ciento. En este mismo país, en 1813, únicamente los célibes fueron obligados a incorporarse al ejército, provocando esta medida un aumento considerable de uniones matrimoniales, apenas acabada la guerra. Los registros prusianos, en 1872 inscribían 59.447 enlaces más que en el año anterior, diferencia que se mantuvo por varios años consecutivos. También la Francia, agrega Hallermayer, en ese año tuvo un número altísimo de matrimonios, debido en gran parte a las segundas nupcias contraídas por viudas de soldados muertos en campaña.

No menos interesante es lo que acontece con los nacimientos. Está demostrado que durante las guerras disminuye notablemente el número de éstos por dos razones primordiales: ausencia de los hombres y menor cantidad de matrimonios. También la paz pone remedio a semejante estado de cosas. El mismo Hallermayer da estas cifras: en 1871, Prusia registró 111.545 nacimientos más que en 1870, excedente que fué en el año siguiente, de 155.949.

Digamos ahora, algunas palabras sobre la probable mortalidad de la presente guerra. Nos serviremos a este objeto de los cálculos realizados por un actuario norteamericano, Phelps, publicados recientemente en el «American Underwriter» y cuyos resultados son el producto de un estudio paciente y detenido sobre las pérdidas de vidas humanas experimentadas en las últimas cuatro grandes guerras: guerra de secesión, guerra francoalemana, angloboer y ruso-japonesa.

En la guerra civil norteamericana, sobre un número aproximado de 806.755 hombres del ejército de la Unión, murieron, en total, ya sea sobre los campos de batalla, por heridas o enfermedades, etc., 359.528, lo que representa una proporción anual de 105,9 por mil, pues esta lucha duró casi 51 meses.

En la guerra francoprusiana, cuya duración fué de 7 meses, sobre 723.556 hombres del ejército alemán, fallecieron por las mismas causas 40.769, lo que da un 96,6 por mil.

El ejército inglés, después de 31,5 meses de combate contra los boers, perdió de los 208.326 hombres que componían su efectivo, 22.005, es decir un 40,2 por mil.

Los 650.000 japoneses movilizados contra Rusia, después de 20 meses de campaña vieron mermadas sus filas en 85.954 hombres, lo que significa un 79,3 por mil anual. Valiéndose de esos términos medios, el actuario Phelps encuentra que, manteniéndose la mortalidad total de la guerra europea en la misma proporción que en las cuatro guerras precedentes, que fué de un 90,1 por mil, llega a este desconsolador resultado: Si la guerra dura un año, vale decir, hasta el 1.º de Agosto próximo, y si el número de combatientes se mantiene alrededor de 6 millones, morirán la bonita cifra de 540.000 hombres, resultado que es de desear sobrepase

en mucho a los cálculos que nos proporcionará la paz, sin que ello signifique desconocer la sabiduría y ser poco respetuosos para con la ciencia del estudioso actuari norteamericano.

ITALO LUIS GRASSI
